



SPANISH A2 – HIGHER LEVEL – PAPER 1
ESPAGNOL A2 – NIVEAU SUPÉRIEUR – ÉPREUVE 1
ESPAÑOL A2 – NIVEL SUPERIOR – PRUEBA 1

Monday 22 May 2006 (afternoon)
Lundi 22 mai 2006 (après-midi)
Lunes 22 de mayo de 2006 (tarde)

2 hours / 2 heures / 2 horas

INSTRUCTIONS TO CANDIDATES

- Do not open this examination paper until instructed to do so.
- Section A consists of two passages for comparative commentary.
- Section B consists of two passages for comparative commentary.
- Choose either Section A or Section B. Write one comparative commentary.

INSTRUCTIONS DESTINÉES AUX CANDIDATS

- N'ouvrez pas cette épreuve avant d'y être autorisé(e).
- La section A comporte deux passages à commenter.
- La section B comporte deux passages à commenter.
- Choisissez soit la section A, soit la section B. Écrivez un commentaire comparatif.

INSTRUCCIONES PARA LOS ALUMNOS

- No abra esta prueba hasta que se lo autoricen.
- En la Sección A hay dos fragmentos para comentar.
- En la Sección B hay dos fragmentos para comentar.
- Elija la Sección A o la Sección B. Escriba un comentario comparativo.

Elija la Sección A o la Sección B.

SECCIÓN A

Analice y compare los dos textos siguientes.

Considere qué similitudes y diferencias hay entre los dos textos y su(s) tema(s). Señale en qué forma los autores usan elementos tales como la estructura, el tono, las imágenes y otros recursos estilísticos para lograr sus propósitos comunicativos.

Texto 1 (a)

El tema del día era el resentimiento, y el maestro nos había pedido que lleváramos papas y una bolsa de plástico. Ya en clase elegimos una papa por cada persona a la que guardábamos resentimiento. Escribimos su nombre en ella y la pusimos dentro de la bolsa. Algunas bolsas eran realmente pesadas. El ejercicio consistía en que durante una semana lleváramos con nosotros a todos lados esa bolsa de papas.

Naturalmente la condición de las papas se iba deteriorando con el tiempo. El fastidio de acarrear esa bolsa en todo momento me mostró claramente el peso espiritual que cargaba a diario y cómo mientras ponía mi atención en ella para no olvidarla en ningún lado, desatendía cosas que eran más importantes para mí.

Todos tenemos papas pudriéndose en nuestra “mochila” sentimental. Este ejercicio fue una gran metáfora del precio que pagaba a diario por mantener el resentimiento por algo que ya había pasado y no podía cambiarse. Me di cuenta que cuando me llenaba de resentimiento, aumentaba mi estrés, no dormía bien y mi atención se dispersaba.

Perdonar y dejarlas ir me llenó de paz y calma, alimentando mi espíritu. La falta de perdón es como un veneno que tomamos a diario a gotas, pero que finalmente nos termina envenenando.

Muchas veces pensamos que el perdón es un regalo para el otro sin darnos cuenta que los únicos beneficiados somos nosotros mismos.

No significa que estés de acuerdo con lo que pasó, ni que lo apruebes. Perdonar no significa dejar de darle importancia a lo que sucedió, ni darle la razón a alguien que te lastimó. Simplemente significa dejar de lado aquellos pensamientos negativos que nos causan dolor o enojo.

La falta de perdón te ata a las personas con el resentimiento. Te tiene encadenado. La falta de perdón es el veneno más destructivo para el espíritu ya que neutraliza los recursos emocionales que tienes.

El perdón es una declaración que puedes y debes renovar a diario. Muchas veces la persona más importante a la que tienes que perdonar es a ti mismo por todas las cosas que no fueron de la manera que pensabas. “La declaración del perdón es la clave para liberarte.”

Extraído de *El peso del rencor* de Claudia Ch.,
publicado en línea en <http://www.actosdeamor.com/rencor.htm>

Texto 1 (b)

En fin, hace dos años yo tenía algo propio, elaborado con un esfuerzo de naturaleza semejante al que es preciso utilizar para convertir la memoria en conciencia; para hacer del recuerdo la suma orgánica de representaciones pasadas que nos permita obtener con esfuerzo alguna idea de nosotros mismos en la que reconocernos, en el caso de que tal reconocimiento tenga algún interés. Me refiero al rencor, del cual afirmo que no se suele dar como atributo casual, producto del azar o de las circunstancias, sino como ganancia adquirida a través de un esfuerzo continuo y en ocasiones poco grato. El rencor justificaba mi vida y probaba mi inocencia. Cuando mayores eran las oleadas de rencor, más inocente me sentía, aunque ahora ignoro de qué crimen necesitaba ser exculpado como no fuera de la persistencia misma del resentimiento. Yo puedo hablar del mérito que suponía levantar el rencor, dominarlo cuando intentaba convertirse en odio, que es una llama extinguiible, y alimentarlo luego como si se tratara de un doble cerebro, de un palpitación paralela cuya frecuencia debiera aumentar tras cada nueva contracción. Porque la construcción del rencor no acaba nunca; sus materiales son imprecisos y cambian según el día o la estación del año que discurre. De forma que hay que estar muy pendiente de él y saber en qué momento hay que llamarlo de otro modo, o cuándo conviene añadirle tal o cual ingrediente, para que siga siendo útil en las dos direcciones en que actúa: como estímulo del propio organismo y como amenaza para el de los demás.

El rencor me habitaba como un ciego que hubiera llegado a conocer cada uno de los túneles por los que discurría mi escasa inteligencia. Tenía sus horas de reposo y sus momentos de actividad. Decrecía ante las satisfacciones y se expandía, como el humo, frente a los instantes de humillación. Yo lo sentía despertar a media mañana, durante los quince minutos infames de descanso; se colocaba en los ojos y ya no se movía de allí hasta pasada la media tarde. Después se iba a prestar ayuda a otros órganos igualmente necesitados de su estímulo.

Hablaba del rencor como de algo que tuve y me quitaron sin que yo llegara a advertir la pérdida. Y es que carecía de peso; era un fluido imponderable, como la electricidad, de forma que no noté su ausencia hasta que aparecieron las lesiones producidas por su falta.

Extraído de la novela *Letra Muerta*, de Juan José Millás, España (1983)

SECCIÓN B

Analice y compare los dos textos siguientes.

Considere qué similitudes y diferencias hay entre los dos textos y su(s) tema(s). Señale en qué forma los autores usan elementos tales como la estructura, el tono, las imágenes y otros recursos estilísticos para lograr sus propósitos comunicativos.

Texto 2 (a)

CXIII

Una noche de verano
—estaba abierto el balcón
y la puerta de mi casa—
la muerte en mi casa entró.
5 Se fue acercando a mi lecho
—ni siquiera me miró—,
con unos dedos muy finos,
algo muy tenue rompió.
Silenciosa y sin mirarme
10 la muerte otra vez pasó
delante de mí. ¿Qué has hecho?
La muerte no respondió.
Mi niña quedó tranquila,
dolido mi corazón.
15 ¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos!

Extraído de *Campos de Castilla* de Antonio Machado, España (1912-1917)

Texto 2 (b)

Los fantasmas de mi madre

En mi infancia, los fantasmas y las leyendas vivían en los cuentos de mi madre. A ella le gustaba contarnos sus mejores historias en aquellas noches de tormenta, cuando la electricidad era cortada por algún rayo y la luz de las velas dejaba sentir la resequedad del miedo en el aire. Aún hoy, de adulto, recuerdo la historia que me contó sobre los perros del barrio, en una noche
5 tranquila. Aquella vez un perro había comenzado a aullar y poco a poco se fue acercando el aullido de los caninos a la casa: uno aullaba y le seguía el otro perro. Mi madre, al escucharlos, se hizo la señal de la cruz y yo le pregunté el porqué de su reacción. Ella, mirando por la ventana con cuidado, dijo:

-- Es la muerte hijo, la que se acerca lentamente a nuestra casa y viene a robarse un alma.
10 Espero que no sea ninguno de nosotros. Los perros la pueden ver, a esa maldita, y le van aullando a su desgracia.

En aquel entonces no lo tomé en cuenta, protegido por la ignorancia infantil, pero ahora pienso en la cercanía que mi madre siempre ha tenido con los muertos y sus fantasmas.

-- A la muerte le gusta tener testigos, hijo, y a cambio los deja vivir más tiempo. Me contestó
15 una vez cuando le pregunté sobre su afición a esos sucesos e historias, que otras evitan.

-- En las calles, hijo mío, vagan los ayudantes de la muerte para cumplir la tarea del destino, que es morir. Sólo esperan a que alguien quede vivo cuando en realidad le tocaba partir al más allá. Lo malo es que a veces se equivocan y se llevan las almas de aquellos que sólo tuvieron un accidente normal y no uno de muerte. ¿Nunca te has preguntado, hijo, de dónde sale tanta gente
20 cuando ocurre un accidente de auto? No importa a qué hora ni en dónde, siempre encontrarás esos mirones que a veces, queriendo ayudar, terminan matando al que estaba herido. Eso no es un error como dice normalmente la policía, no, esos fueron “aquellos”, que ayudaron a morir al desgraciado en turno para que el ciclo del destino siguiera su marcha normal. Ellos están por allí, esperando a ser necesitados, los ayudantes de la muerte. Así pues hijo mío, cuando tengas algún
25 accidente no dejes que nadie te ayude, si puedes evitarlo, y si no puedes, entonces ya te tocaba morir.

-- En la oscuridad de la noche se acumulan las sombras y de allí salen seres inconformes que intentan desquitarse con cualquiera hijo, por eso evítala, ya que allí es en donde los malos pensamientos y las peores cosas pueden suceder. Me dijo mi madre alguna vez.

Cuento de José Valerio Uribe publicado en *Ficticia*, México (2001)